

REVISTA CHILENA.

---

## RECUERDOS DE COPIAPO

EN 1846.

---

El 28 de agosto del año de 1846 me embarqué en el vapor *Perú* con destino a Copiapó. Mi llegada a aquel lugar debía aumentar con una pequeña fracción, el número de aquellos seres desgraciados, pero intrépidos que agujoneados por la necesidad i la esperanza, aventuran su real i su tiempo, en la lotería de las minas.

A vista todavía de Valparaiso zozobró una chalupa que nos seguía a remo tendido, para dar alcance al vapor; cuyo capitán, verdadera máquina, no quiso contener ni por un solo instante, la que nos ponía en movimiento, para salvar a los infelices que se estaban ahogando; probablemente, porque en las instrucciones de su derrotero no venía prescrita una maniobra semejante. Canoas pescadoras que la casualidad atrajo a aquel lugar, dieron a la máquina de Albion una lección de humanidad de fuerza de mil caballos.

Por no seguir mirando aquella cara de jestos bajé indignado a la cámara, donde ni tiempo me dieron para formular una catilinaria, los entrantes, los salientes, los encontrones, los gritos de angustia llamando mozos, los atados, los sacos i los envoltorios que a una con los pasajeros remolineaban al rededor de los camarotes, hasta que los mayordomos *velis nolis* los embutían en ellos,

del mismo modo que en las fábricas de conservar sardinas, hacían el pescado ántes de reducirlo al mas inexorable hermetismo.

El mayordomo de un vapor ingles en nuestras aguas, es el rei de los tiranos, sus decisiones son inapelables. Tambien es de regla que no sepa hablar en español para dejaros plantado entre dos fardos con un estúpido *no entiende*, si solicitais en seco; pero si solicitais en mojado, esto es haciendo relucir a sus ojos una media onza de oro, el tirano abdicará el cetro i la corona en vuestro favor, i se tornará en el mas abyecto de los lacayos.

En el vapor hai libertad de pensamientos, como la hai de trajes; tolerancia absoluta. Fraques de tijereta i talles en el cogote, trataban de hombre a hombre a las cinturas en rabadilla i a los faldones monstruos. Sombreros de bacin se movian con agradable soltura al lado de los sombreros bacinicas. ¡Nadie se ocupaba de nadie; cada cual parecia preocupado por un solo pensamiento, el negocio. Yo que no queria ser ménos que los demas, procurando desechar la triste impresion que me dejó en el alma el abandonar quien sabe por cuanto tiempo a la familia que tanto quiero, i de la que tan poco he gozado en el curso de mi aperreada vida, me recosté en un sofá donde pronto me distrajo la luz de dos hermosos ojos que parecian fijarse con interés en mí. Era la mujer del capitan, la cual no sé si a causa de las exóticas i hetereojeneas figuras que me rodeaban, o por el natural efecto del mareo que ya hacia rápidos progresos en mi bulto, me pareció encantadora. Absorto i dudoso por algunos instantes, a la mano de Dios dije, i la disparé dos flechazos, que a no haberse interpuesto una voz descompasada i silbona, diciendo: —«Mui bien debo 300 onzas,» la mato sin remedio!—Capitolio! dije yo, incorporándome asustado, i veo que cerca de mí i sin que yo me apercibiese de ello, se habia dispuesto una mesa de juego rejentada por Don N. que jugaba con los demas al péleme que te pelo. El personaje de las trescientas ménos, de asáz villana catadura, salia entónces con aire afectado a tomar el que corria sobre cubierta. No tardé yo en seguirlo, aunque con otro fin.

El que diga que el amor todo lo vence, ha dicho el mas desaforado disparate, i de nó, que se enamora a bordo i lo verán pronto traspordados sus pensamientos i sus obras. Fué lo que a mí me aconteció; ni mis ojos volvieron a ver ojos, ni mis oidos tornaron a oír el sonido musical de las talegas.

El 29 por la mañana recordé enfrente de Coquimbo; puertecillo de un aspecto triste i sombrío, aunque la bahía sea una de las mejores de Chile; i a pesar de la animacion que la llegada del vapor causaba, no quise desembarcar, temeroso de quedarme allí, si al bueno del capitán máquina, se le ocurría zarpar en el momento ménos pensado, como acontecia en cuasi todos los viajes. Coquimbo no es todavía lo que era Valparaiso el año de 22.

El 30, a causa de una neblina mui espesa, nos pasamos del Huasco, i tuvimos que perder como diez horas en encontrarlo, Este no es puerto, ni es havre, ni es caleta, ni es nada. En él se divisan en grupitos sobre unos cerros bajos i áridos, unas malas casuchas que así hacen veces de bodegas como de habitaciones. Pueden caber tres poblaciones del puerto Huasco, en lo que era el año de 38 puerto de San Antonio de las bodegas.

A las siete de la mañana del siguiente dia anclamos en el puerto de Copiapó, que es, como puerto, otro que bien baila, aunque superior en todo al del Huasco. En dos lanchones que están al servicio de la aduana nos traspasaron al muelle, i como dos horas despues ya me encontraba en birlocho en el camino de la capital. El puertecillo se encuentra circunscrito por rocas, que por la parte del mar sirven de ribete o de franja a los llanos arenosos, mezclados con cascajo, con cal i con laja, que por algunas leguas, i siempre a la vista del mar, forman el lecho del camino que conduce a la ciudad. En aquellos llanos salpicados de lomas bajas, redondas o chatas, como escorificadas i sedientas, en las que reverbera el sol con tanta fuerza, que es opinion aquí recibida, que llega a destemplan los instrumentos de acero que se dejan espuestos a su accion, no se encuentra una sola casa, ni una gota de agua, ni un solo arbustito. Al cabo de tres horas de marcha por aquel desierto, ya se entra al valle del rio.

El rio Copiapó no solo es rio, tiene tambien sus honores de ria porque de vez en cuando mezcla sus aguas con las del océano, pero son ellas tan escasas que el cauce, tanto de éste como de los demas rios del norte, parece que solo se conserva en calidad de mudo testigo de que ántes llovía mas en aquellas ardientes rejiones. El motivo porque ahora llueva ménos nadie ha podido sentarlo con certeza. Unos lo atribuyen a la destruccion de los bosques, otros a la variacion del rumbo del eje de la tierra i no pocos niegan a los bosques el privilejio de traer aguas, citando como ejemplos los aguaceros torrentosos que bañan las pampas arjenti-

nas, donde no se encuentra un solo árbol. No seré yo quien entre por ahora a terciar en semejante cuestion.

La chilca, el péril, i alguna que otra mancha de chépica i esparto, brotan con mucha dificultad por entre aquel terreno suelto i cargado de costras salinas que hacen difícil el tránsito de los carruajes, i molestísimo el viaje a causa de la nube de polvo fino i ardiente que persigue al carruaje del viajero. Por el medio de este valle va el camino que conduce a la ciudad de Copiapó, a cuyos arrabales llegamos despues de ocho horas de viaje i de haber cruzado una multitud de charcos de agua fétida i corrompida, cuyas humedades son las que constituyen el rio al occidente de la ciudad.

Llegamos al fin a esta ciudad clásica de las ilusiones, en donde corren con igual i variada rapidez cuantos pensamientos forman el encanto i el martirio de la vida mercantil; a este lugar de rotos remendados; lugar que cambia por encantamento la ojota en bota; al viejo en niño, i al ceboso culero, en ancho faldon de fino paño. Lugar en que cada individuo se cree un pozo de ciencia mineralógica i se rie piadosamente de los conocimientos de su prójimo; ancho campo en que florece la cultivada ciencia del provechoso poruñeo, que da hondo socavon al bolsillo del recién llegado, él que a su turno poruñea al que le sigue de atrás, quien hace otro tanto con el de la retaguardia. Lugar de ansiedades i de esperanzas; lugar, en fin, de mineros en alcance i de mineros broceados! Esta ciudad que pudiéramos comparar a un estenso dormitorio de gallinas, en el que la que hoi se coloca en lo alto de la percha, se zurra en la de mas abajo, para que a ella misma le acontezca igual desgracia mañana; está situada a lo largo de un pequeño i bien cultivado valle, encuadrado por dos cordones de cerros áridos i descarnados, cuyo aspecto sombrío hace resaltar el hermoso verde de la vega; i de un sin número de pequeñas pero productivas heredades a una i otra orilla de la mesquina acequia que constituye el rio de Copiapó.

¡Quién ahora, al recorrer estos campos, siguiendo el curso de esta pequeñísima ria hasta la Sierra de Paipote i de Pulido, pudiera nunca imaginarse que llegaron a merecer por su preciosa i abundante vejetacion, el nombre de ameno i fértil valle, que le dieron nuestros primeros historiadores! Así como las aguas han dejado su sediento cauce por testigo de su primitiva abundancia, así las lomas, los senos i las cañadas, con sus nombres de vejetales perpetúan el recuerdo de los que ántes sustentaron.

El pueblo de Copiapó es ya mayor de edad; porque aunque su verdadero título de villa solo comienza en 1744 bajo el nombre de San Francisco de la Selva, su nombre i fama de pozo de riquezas los empezó a tener desde los primeros tiempos de la conquista, i los ha continuado teniendo hasta esta fecha. De estrañar es pues que su poblacion solo alcanzase a novecientas personas en 1713 i que todavía en 1846 esté a mil leguas de lo que debia esperarse de sus recursos naturales.

Su misma planta hace al pueblo irregular, pues solo consta de dos calles principales i de algunas otras que mas parecen caminos públicos que calles. Tiene su plaza, su iglesia parroquial i dos conventos, uno Mercenario i otro Franciscano, i sobre el estenso cauce del rio un puente estravagante formado de vigas a medio labrar colocadas de dos en dos, unas veces sobre horcajas de postes mal asegurados, i otras sobre los ganchos de algunos sauces que aun conservan su verdura en aquel fango.

El aspecto jeneral de esta pequeña aldea tiene mucha semejanza con el que presentan las ciudades de San Juan i de Mendoza. Sus edificios, entre los cuales se cuenta alguno que otro de primer orden, son cuasi todos contruidos de adobones, muchas veces mal pisados, i no siempre levantados a plomo. Los techos de simple embarrado, con antepechos a la calle i tal cual de tabla, mal podrian resistir sin calarse al mas leve aguacero. Sin embargo, a pesar de lo triste del lugar, de sus neblinas húmedas i arrastradas por la mañana, de su excesivo calor a medio dia, del viento, del polvo insoportable de sus calles, ahoyadas por el tráfago de las arrias i carretas, i de los enjambres de molestos zancudos que a la caida de la tarde invaden la poblacion vecina a la vega; para el hombre que vive en la sierra, bajar al pueblo es bajar a un valle de delicias.

Quien creyese que con haber estado en Copiapó ha estado en Chile, se equivocará, así como equivocará a sus lectores si aguijado por el prurito de escribir impresiones de viaje saliera con el despanzurro de hacer estensivas al resto de la República las costumbres copiapinas.

Copiapó solo tiene de comun con Chile la constitucion política que no siempre se observa, i las leyes que no pocas veces se quebrantan; con Copiapó no reza aquello de que por la hebra se saca el ovillo; porque la hebra Copiapó es al ovillo Chile, lo que es un huevo a una castaña.

Es mui difícil, si no imposible que en una reunion casual de veinte i cinco caballeros se encuentren cuatro chilenos: hablo del sexo feo, porque del hermoso, sucede lo contrario.

Esta aldea, cuyo prematuro título de ciudad, solo lo debió al principio al influjo de su riquísimo mineral, como pudiera deber el Don a sus repentinas talegas un rústico ganapan, le ha sabido lejitimar con costumbres i prácticas que todavía son ménos de aldea que muchas que viven i reinan en el mismo Santiago. Aquí no hai necesidad como en los pueblos de su tamaño de tener a raya la sin hueso. En ellos, desgraciado del que no supiese disimular, i mucho mas del que no alabase lo que solo pudiera ser encomiado con gaita. Los pueblos chicos i aun los medianos en Chile, tratándose de Santiago, invisten intransijentes el carácter de la mujer que es rival de otra mujer. Santiago lleva el título de ciudad, tambien lo quiero yo: Santiago tiene alameda i jardin con pila; alameda, jardin i pila no me ha de faltar, aunque las escuelas, los hospitales i los caminos anden en cueros.

Copiapó es un pueblo cosmopolita i mui especialmente Riojano, a donde concurren, vienen i van Ingleses, Franceses, Chilenos, Alemanes, Italianos, sin contar con los que llegan de casi todas las Repúblicas hermanas. Aquí no se habla, ni se debe, ni se puede hablar de otra cosa, que de minas; i así como Valparaiso es una vasta casa de comercio, Copiapó es una inmensa boca-mina. Desgraciado del que venga a este lugar a gozar de sus rentas, o a la sombra de una industria cualquiera, que no esté en razon directa con el espíritu mineralójico de sus habitantes; o raspa la bola, o pasa por la punta de la *Yaucana!*

Tras del saludo de costumbre, la primera pregunta que se hace es por el estado de la mina; la segunda por el de la mujer, i entiéndase que si el saludo precede a la pregunta, no es por efecto de una urbana cortesía, sino porque en el simple saludo se trasluce a la legua el estado presente de la mina del minero copiapino. Desaliño, aire preocupado, paso incierto, empuñar por el medio el baston; son síntomas de mal agüero, i si apénas se le oyere en la conversacion, si cediere la vereda, si hiciere cortesías reverentes; finiquito. Mas si un momento despues, como a menudo acontece, yergue altiva la frente, taquea con fuerza i compás, hiere el suelo con el baston, cuyo manguito se pierde todo en la palma de la mano i dirige la palabra con familiaridad i suficiencia, a las personas a quienes poco ántes apénas se atrevia a mirar; ojo, avisar, que

hai alcance o hai poruñazo. Hasta el bello sexo, quién lo creyera, ha olvidado la nomenclatura de sus diversiones i de sus adornos favoritos, por las exóticas, aunque significativas palabras de guias, tiros, internaciones, socavones i otras mil a éstas parecidas.

La jente en jeneral es mui despreocupada en cuanto al vestir: se miran poco en atravesar la ciudad con las figuras mas exóticas, i mucho ménos en averiguar vidas ajenas. El bello sexo siempre en cantar es amable, viste con elegancia, se inclina algo a la música i mucho al baile. La Polka ha echado por tierra a su predecesor el Valse, que todavía cuenta con sus parciales como acontece a todo gobierno caido. En las reuniones es mas jeneral el baile aquí, que en Santiago, comparativamente hablando. A la voz de Polka! queda decierto el salon de los fumadores, en donde siempre figura un lago de apetitoso Cardenal; i así la edad provecita como la juvenil, lanzándose al salon, en un dos por tres están todos a la órden de parada. Aquí no se reconoce en los bailes cuerpo ninguno de inválidos; pues como buenos i experimentados mineros, todos saben mui bien amalgamar el bolon de duro i vetusto metal, con el fugaz azogue de la niñez. Miéntas mas viejo i achacoso es el solteron, mas niña i tierna es la que escoje por compañera, Causa, pues, lástima i a veces risa ver a aquellos antiguos corsarios mal carenados, i haciendo por todas partes aguas, querer imitar los rápidos i airosos movimientos de las pequeñas i recién construidas balandras, que ya las pillan a desprovisto por detras, ya por delante, miéntas que ellos pugnan i forcejean por virar de bordo. El Cardenal, afortunadamente despues, es el único puerto donde concluyen por echar ancla.

Poca es la conversacion de las señoritas, poca es la sustancia de ella i poquísima su variacion; pero en cambio muchos son los deseos de que las visiten, i muchos mas los de casarse. Los hombres hablan de broceos o de alcances: las niñas sin mezclarse mucho en pláticas mineralójicas, por no dejar de desear a lo minero, no suspiran por otro alcance, que por alcanzar al Espíritu Santo en un marido.

Todo no es alegría sin embargo en Copiapó, pues no carece de dias en cada mes, mui poco dignos de envidia. Pocos lugares hai en donde el comerciante i el minero, experimenten mas angustias que las que aquí sufren i padecen los de esta plaza, cuando llega la hora inexorable del despacho de los vapores de la carrera. Dias ántes de esta calamidad mensual toda la ciudad se pone en movi-

miento: todo es correr, chocarse, interrogarse, pasar de largo, volver atras, solicitar piña, acopiar piña, remitir piña, esperar piña, desesperar por piña i jurar i perjurar no volver en adelante a contraer obligaciones a cuenta de piña. Pero pasa el vapor, i apénas pasa, pasa tambien el asesido que precede al descanso, bien así como la mujer que empeñada en un recio parto, despues de prometer que no caerá mas en tentaciones, cae de nuevo en ella, el comerciante vuelve a las andadas, a los nuevos apuros i a las nuevas promesas de nunca mas pecar, hasta que se enriquece o se lo lleva la trampa.

No solo el comerciante i el minero sufren a causa de las pasadas del vapor, sufren tambien de mancomun con el resto de la poblacion las adversidades i flaquezas de nuestros gobiernos.

Aquí reina una absurda lucha de vida i muerte entre Copiapó, ciudad de la república i Copiapó mineral. El primero que debe su existencia al segundo, sin acordarse del único oríjen de su repentina e inesperada prosperidad, es un hijo bastardo i mal nacido que se opone con el mas constante teson a que se fomente el único principio de vida que debe prolongar lo suyo. No hai como hacer entender esta verdad a nuestro solícito gobierno: los periódicos se han cansado ya de señalar el largo catálogo de las numerosas trabas que entorpecen la marcha de la industria minera. Pero nada debemos estrañar; Copiapó parece que hubiese nacido con la enfermedad que pide sangrias i los médicos gobiernos, tratándose de ella, no dan paz a la lanceta. La industria minera del azufre que fué una de las primeras que nacieron en Copiapó fué asesinada a pechos en tiempo del rei; i si ahora la que llamamos República no abandona el camino real, tendremos que lamentar la pérdida de muchas otras.

Los habitantes de Copiapó tienen tambien como los demas hijos del mundo, algunos tipos de realce que sin ser del todo copiapinos parece que lo fueran; tales son: el cateador i el poruñero.

Paganos son los dos i diplomáticos: el Dios que adoran es el mismo que adoran tambien muchos gobiernos: la reserva, i su diablo temido: la publicidad.

Ninguno de estos dos industriales necesita leer los diarios, ni siquiera registrar la lista de los pasajeros que trae el vapor; porque llegando uno de fuera, sino le ven, le huelen. Conocido este punto capital entra en campaña el cateador.

Lo primero es averiguar donde mora la futura víctima; lo se-

gundo inquirir el modo de encontrarle i de hablarle a solas. Si es fácil lo primero, lo segundo no lo es tanto, porque al fin ¿cómo meterse de rondon en casa de un desconocido, como dar a una visita inesperada el carácter de simpática, cuando el visitante ni siquiera lleva introductor, i cuando el visitado puede muy bien acontecer que haya venido de fuera perfectamente aleccionado. ¡Necios i pueriles tropiezos! Para los cateadores se hicieron las dificultades i los cateadores para vencerlas.

Se asechará hasta verle entrar solo en la casa: entrará con él en ella i le preguntará si es allí donde está alojado el señor don Fulano de tal. A la respuesta con honores de pregunta ¿qué se le ofrecia? contestará al momento, dando gracias a Dios por la dicha de encontrarle, al fin de tanto afán, enteramente solo; pues habiendo oído decir que es un cumplido caballero, venia a poner bajo su proteccion una mina, la cual no puede trabajar porque teme que los ricos lo despojen de ella: lo que no sucederá si viesen *que Ud. es tambien dueño i propietario del tapado.*

¿Quién al oír esta relacion viendo la cara bonachona i estúpida de quien la hace, no concederá al peticionario siquiera diez minutos de reservada entrevista?

De puertas adentro, se lamentará de la falta de justicia que hai en Copiapó para los pobres, pues ayer no mas un amigo suyo habia sido despojado de una rica mina, nada mas que por ser pobre, i no haber tenido quien hablase por él. Os explicará como hizo el descubrimiento, os señalará el cerro donde está la mina, i deplorará la persecucion que se le hace por no haber querido decir de donde provenian los metalitos que traia consigo. En seguida le parecerá que trae una muestrcita... no sabrá donde... la encontrará al fin, i os entregará una *colpa* de riquísimo metal, diciendoos que por mala, se la han dejado; i *que Ud. no debe juzgar la calidad de la mina por esa sola muestra.*

Si sois conocedor lo advertirá desde luego, i os dirá con el aire del mas inocente candor: ¿tendrá alguna platita esa piedra? Si viese que os prendais de la muestra, ya sois suyo; i la vaca lechera durante todo el tiempo que tardasen en ir al reconocimiento de la veta, o todo aquel que empleasen en perseguir algun misterioso derrotero, que con misterio confió al cateador un misterioso i antiguo leñador minero, que murió misteriosamente en un misterioso lugar, seguirá amamantando al inocente niño hasta que la nodriza dé al demonio con los tapadores, con los tapados i con los

derroteros, confesándose a sí misma, pero nunca a otro, derrotada. Casos hai, es cierto, en que el *cuñazo* no obra; pero como para el cateador no hai *dureza* que valga, siempre se le ve *circando* hasta que asegura la *quiebra*.

Necesita, pues, el viajero aclimatarse en Copiapó para estar libre de las enfermedades endémicas que en este asiento de ilusiones acometen siempre los bolsillos del neófito recién llegado.

El cateador es el almacenero que vende los jéneros por mayor: el poruñero, el tendero que los menudea i aun el que los lleva a domicilio. De esta segunda entidad pocos novicios se escapan. Por la calle, al descuido i con cuidado, i haciéndose que no marcha a vuestro paso, el poruñero os dejará divisar bajo la manta un rico bulto al parecer de plata en barra. Si os tentais, al momento os ofrecerá algunas *colpitas* del mismo metal para vuestra coleccion, pero ha de ser bajo la fé del mas escrupuloso sijilo, en atencion a que siendo ellas estraídas de una minita cuyo asiento no quiere él descubrir, porque no se la disputen, no venderá sino con esa condicion. Si aceptais el negocio, no siendo conocedor, i sois amigo del misterio, sois hombre al agua. En breves instantes lo tendreis en vuestro alojamiento con media arroba de arsénico en barra prolijamente refregado con una moneda de plata para que la especie lleve mas visos de verdad. El arsénico puro se platea con suma facilidad, así es que a la vista de aquel arjentífero manjar, vendido por un hombre, al parecer simplon, i que no sabe lo que vende; pocos neófitos dejan de tentarse, i despues del regateo de ordenanza, de aflojar algunas pocas onzas de oro sellado, i de creer que da dos por lo que vale veinte, que al fin algo se ha de ganar en el negocio.

Pocas artes mas estensas i mas lucrativas que aquellas que todos sabemos que ejercen los caballeros de industria, i ninguna mas pegada a todos los estados del hombre desde que tiene uso de razon, hasta que muere, que la del poruñeo elevado a potencia de ciencia.

No a todos les es dado el alcanzar el título de poruñeros *colados*. Para ser poruñero, para vender gato por liebre, piedra por plata, arsénico por barra, vicio por virtudes, se necesitan desfachatez, mímica, poca vergüenza, estudio del corazon humano, astucia del zorro i aspecto de Perico-lijero.

El poruñeo no se encuentra solo en los minerales, se encuentra en todas las artes, en todas las profesiones, en todos los lugares

donde hai hombres. El poruñero a nadie favorece, con nadie está en paz, está en guerra abierta con los bolsillos i el bienestar del jénero humano, i sus congregaciones siempre en asecho son tan numerosas, que se puede decir que no hai hora, no hai momento, no hai instante ni circunstancia alguna de la vida en que esté uno enteramente libre de algun inesperado poruñazo.

El incansable compilador que a fuerza de llevarse noche i dia sobre sus raidos mamotretos, nos atesta con las publicaciones de sus mal zurcidas copias, dándolas como pastos de su ingenio; poruñea a los noveles literatos.

Las profesiones de fé de partidos i de candidatos políticos poruñean a los electores.

Los prospectos de los futuros diarios que ofrecen política imparcial, poruñean a los suscritores.

El ministro que queriendo dar buena colocacion a un deudo suyo, hace que estienda el nombramiento su colega, para mejor lavarse las manos, poruñea al país i al erario. El falso devoto que con aire contrito i compunjado besa en la iglesia el suelo, i en cada beso alza un ladrillo, o asecha un sindicato conventil, o quiere poruñear a alguna beata.

Al amigo contradizo que conociéndote forastero se te declara Mentor i te ofrece su infalible valimiento, échale luego al crisol i sabrás si poruñea.

Aquel que fundando escuelas, invocando la instruccion, solo persigue en sijilo el espítitu de secta, poruñea a los padres de familia.

El viejo con cara de queso de duraznos que se tiñe la barba i los bigotes, quiere poruñar a las muchachas.

La vieja que a fuerza de mantecas i de afeites terraplana las grietas de su tez, i que no contenta con ésto, se echa a la cara un velo de punto con mosquitas negras, para disfrazar la amarillez de las pecas, sino poruñea a los muchachos, poruñea al diablo que al fin carga con ella.

La niña que se fabrica ojeras i se finje delicada, sensible i enfermiza, a sí misma se poruñea.

La conocida i gastadora petimetra que deja de serlo de un momento a otro sin razon aparente, pretende poruñar a algun chorlito vendiendo disipaciones por economías.

Poruñea la hembra de vida airada, vendiendo señora por *chiquisa*.

Poruñean los cateadores efectivos, unidos a los cateadores de

bolsillos, con sus sociedades anónimas, a cuantos se dejan tentar por todo lo que reluce.

El médico que poco concurre a los llamados, porque según él, son muchísimas sus atenciones profesionales, i que gasta cartera para asentar en ella el día i la hora fija que dedica a la consulta; poruña al público vendiendo reputacion i fama, envueltas en un atado que contiene todo lo contrario.

Poruña el boticario vendiendo panaceas universales por envidiables tiempos de salud: los fabricantes de específicos, con aquello de cuidado con la *contrefaction* i los homeopáticos intransijentes con sus microscópicas pelotillas de adivinar.

El amante poruña a su querida, ésta a su novio, la cortesana al amante, el marido a su mujer i la mujer al marido; i es tan poruñazo el eterno amor del fino enamorado, cuanto son poruñazos las promesas de ministro en tiempo de elecciones. En resolucion el poruñeo, digan cuanto quisieren las malas lenguas, es la enfermedad endémica de la humanidad.

## CAPITULO II.

VIAJE AL INTERIOR.—CHAÑARCILLO.—JUAN GODOI.—BANDURRIAS.  
PAJONALES.—EL CANGALLERO.

El continuo oír hablar de minas, así como el incansable llegar de arrias, cuyos capataces cuando no traen ricos metales en los sacos, los traen riquísimos, aunque en reducidas muestras en los bolsillos, para paladear con ellos, de orden de los mayordomos i administradores de minas, a sus respectivos patrones; i sobre todo, el no haber cosa de mas provecho que poder hacer, me determinaron a ir para el interior, con el doble propósito de examinarlo todo, i de buscar tambien lo que no habia perdido.

Aquí se piensa poco i se hace mucho; así es que apénas revoleteó el pensamiento por mi mente, cuando ya me encontré caballero en una mula, siguiendo alegre el antiguo i conocido camino de Chañarcillo.

Para ir al mineral, se atraviesa en todo su largo esta larguísima ciudad, que termina en un arrabal no ménos largo, conocido con el nombre de San Fernando. Este lugar que poseian en comun los indíjenas, como poseian los indios de Santiago el de Talagante,

ha sido en estos últimos tiempos dividido en hijuelas, de a una cuadra, que la municipalidad vendió con feliz resultado, pues casi no hai una de éstas que no esté perfectamente trabajada, i que no produzca a sus dueños entradas que asombrarian a nuestros propietarios del Sur. Es risueño i variado el aspecto de esta parte del camino que va siempre ocupando como el centro de los planos regados que constituyen lo mejor del Departamento agrícola.

El paso de mi mula era arrogante, i sus deseos de correr tales, que mas de dos veces me hizo recordar la mula de alquiler de Iriarte. Pasé el pueblo de indios como quien dice exitándolos, bien hayas, de cuantos columbraban el portante de mi envidiada cabalgadura. En un momento estuve en Punta Negra, sumamente complacido con la vista de aquellos cerros tan esencialmente mineralizados que no parecia sino que a cada paso iba a tropezar con un creston de pura plata.

Quien quiera que saliere a viajar por primera vez en Copiapó, si como es natural, solo llevase en la mente las ideas de minas i de descubrimientos; al ver entre el polvo de las muchas arrias que llevan bastimentos i traen metales, pasar como un celaje a los viajeros, se imaginará desde luego, o que irán ellos a un denunció, o que llevarán la noticia de algun alcance. Pues muchas veces no es ni lo uno ni lo otro; porque todos corren en esta tierra; los propios, los plazos, i hasta los ociosos, por la sencilla razon que cuasi todos andan en caballos o mulas de alquiler. De mi distraccion mineralójica me sacó, de un repente, la voluntariosa torcida que hizo mi mula hácia una de las puertas de un potrero inmediato. La enderecé al camino; nada; le quebré la varilla en las orejas; ménos; cojí entónces de una rienda i a riesgo de romperla el pescuezo, la hice, mal de su grado, volver la cabeza al camino; mas ella que sola se habia dado prisa, no por agradar o su jinete, sino por llegar a su querencia, me dejó el manejo de su cabeza, i tomando ella sobre sí el de su cuerpo, siguió con un pasitrote descuajeringado el recto camino de la puerta del potrero; no siendo bastante a contenerla, ni mis talonadas ni mis no pocos *cordemis* i amenazas. En esta situacion desesperada, quiso mi mala suerte que avistasen dos señoras que, sentadas en hermosos caballos i rodeadas de una lucida comitiva, bajaban al galope para el pueblo. Aquí de mi valor: arre demonio!... Ni por esas talonadas i azotes: ménos... En tan terrible situacion, el honor de la persona i la galantería, me hicieron descargar en las quijadas de mi

voluntariosa cabalgadura tan atroz bofetada, que perdiendo ella el tino, hizo perder al jinete el equilibrio, granjeándole el saludo de estrepitosas carcajadas. El desventurado andante, dando siete veces a Barrabás i treinta al mal alquilador de tan descomedida cabalgadura, comenzó a descargar sobre los ojos i las orejas de ella tal granizado de puñadas, que a no oponer la mula a este merecido arranque de entusiasmo, el mas desafortado de todos los respingos, no hai duda que todavía estuviera sacudiendo. Tal fué la indignacion que produjo en aquel honrado caballero i galan cortesano, el primer estrepitoso aplauso que recibió del bello sexo en Copiapó.

A las nueve de la noche llegué a Totoralillo, primer establecimiento de amalgamacion de la Empresa Unida, despues de haber pasado, siempre siguiendo la márjen del rio, que en la actualidad iba sin agua, porque le habia tocado el turno de regar a una chacrita de arriba, por Tierra Amarilla, i por Nantoco, pequeñas aldeas, emporio del comercio del conocido i lucrativo artefacto cangalla.

Aunque todavía no figuran las máquinas movidas por vapor en Copiapó, no puede negarse que las que existen, impulsadas por aguas cautivan la atencion del que las visita por primera vez. En ellas se ven consultadas a un mismo tiempo la solidez, la economía i los principios del nuevo sistema de amalgamacion adoptado en este lugar para el pronto beneficio de los metales de plata nativa i clorurada. En los establecimientos de minas de Freiberg se emplean para amalgamar, barriles que jirando sobre ellos mismos, revuelven i mezclan el mineral molido con el azogue i agua que se depositan en ellos. Aquí se desconoce el uso del barril: poderosas tijas de madera con fondo de hierro, sentadas de firme en contorno de un árbol mas poderoso aun, que pone en movimiento circular i arrastrado, las pesadas cruces del mismo metal que jiran dentro de ellas, hacen con suma ventaja las veces del barril rotatorio de Alemania. Los trapiches para reducir a arena el metal son tambien de hierro macizo, i tanto éstos quanto las máquinas amalgamadoras suelen estar muchas veces dia i noche movidas sin tropiezo por ese sorprendente hilo de agua que se llama rio, i que por el desnivel natural del terreno, tan pronto como deja a una máquina ya puede emprender con otra, sin que por esto sufra la agricultura.

Seamos justos, en cuanto a agricultura i sobre todo en cuanto

al sistema de regadíos, los hombres del sur, debemos quitarnos el sombrero ante los hombres de campo del valle de Copiapó. Desde las Juntas en Potrero Grande, que es lo mejor i mas ameno del Departamento, hasta donde termina su curso visible el rio al occidente de Copiapó, no recorre, por las sinuosidades de la quebrada, una lonjitud menor de 27 leguas; i esta agua que apénas alcanza en el sur, para su malbaratado empleo a una sola hacienda, basta por su sabia distribucion, para mantener, como un verjel, esta prolongada faja de tierra que ostenta en todas partes alfalfa-les, siembras i arbolados. Crece de punto la admiracion cuando se consideran los importantísimos servicios que esta escasa corriente presta ademas, como ya he dicho al beneficio de los metales, impulsando las máquinas amalgamadoras colocadas en su márjen.

En Totoralillo, tiene la Empresa Unida veinte i una cubas amalgamadoras i dos trapiches en constante actividad; i se está construyendo, con sumo afan i muchos gastos, otra poderosísima máquina, invento nuevo, para utilizar la mucha plata arsenical que se pierde en los relaves.

Siguiendo el órden de colocacion de los establecimientos beneficiadores de metales que he podido recorrer hasta ahora, comenzando a contarlos desde el poniente de la ciudad de Copiapó, el riachuelo pone en movimiento con sus correspondientes trapiches:

Las máquinas de la Chimba de los señores Gallo i Montt con 11 tinas.

Las de Subercaseaux con 5.

Las de Carrasini con 3.

Las de la Empresa Unida en Copiapó con 11.

Las de Ossa i C.<sup>a</sup> con 11.

Las de Abbot i C.<sup>a</sup> con 6.

Las de Dávila i C.<sup>a</sup> con 3.

Las de Cousiño con 10.

Las de la Puerta de la Empresa Unida con 24.

Dejo sin enumerar, por no haberlas visitado aun, las de Ossa en Totoralillo, las de Potrero Seco, las de Gallo Zavala i otras.

Las fuerzas del vapor vendrán algun dia a devolver a la agricultura lo que es enteramente suyo; entre tanto, es digno de elojio el establecimiento de beneficiar relaves, planteado en Copiapó por el señor don Carlos Daslu, quien con una sola mula, utilizando los recursos bien combinados de la mecánica, ha puesto en accion activa el triple trapiche i las enormes cubas de que consta.

Volviendo al hilo de mi correría al mineral, al amanecer del siguiente día de estar en Totoralillo salí para Chañarcillo, llena la cabeza de aquellas vaporosas esperanzas que surjen siempre en la mente del que nunca ha podido encontrar algo, cuando se dirige al lugar donde otros están encontrando mucho. No tardé en llegar a la puntilla que por aquí llaman, sin saber por qué, del Diablo. Allí termina lo ameno del paseo, pues torciendo de repente el camino al sur, deja el viajero con sentimiento el valle, para internarse en la espesa i desierta cerranía que media entre él i Chañarcillo.

¡Qué soledad aquella, qué desnudez de cerros; qué silencio! Ni una avecita, ni la vista lejana de una choza, ni la mas leve gota de agua! El camino parecia, sin embargo, obra del hombre, pues estaba perfectamente acomodado i compuesto, aunque penetraba por evitar repechos, en estrechísimas gargantas, formadas por enormes rocas, cuyas tersas paredes parecian trabajadas con cincel.

Dos son las que se pasan ántes de llegar a la cima de la cuesta, i sus tersos costados, son la verdadera imprenta libre que ha quedado en Chile. Su mucha estrechez, lo liso de sus majestuosas paredes, i el ser aquel el preciso tránsito para el mineral, han exitado a los ociosos caminantes mas de una vez, a ejercitar en aquellas pizarras monstruas, los ramos de sus diversas profesiones literarias i artísticas. El aficionado al dibujo traza con tiza el retrato del jeneral Flores, i le pone al pié: éste es Flores. Otro dibuja uno de los vapores, dándole forma de poruña. Otro dice a su querida porque sabe que el hermano de ella va para la ciudad:

Antonia por tí me muero  
Dáme tus ojos de alcance  
Toma mi cuerpo en broceo.

*El que tú sabes.*

Llega un político i escribe:

«El intendente es un bruto; hasta cuando nos tienen a este animal aquí;» i mas abajo:

«El juez de Chañarcillo está robando!»

Mas adelante: «*Págáme* mis tres onzas Ramon,» o bien «Don T. P. dice que no es mulato,» i en seguida: «Don Z. J. O. fué el primer cangallero de este lugar,» i no en pocas partes estas misteriosas iniciales:

M. P. Q. M. L.

Prosiguiendo siempre al sur i como a cuatro leguas de Totoralillo, se llega a la primera aguada que llaman el Injenio; porque le hubo en otro tiempo, i se reconoce por las escorias que aun quedan, i por la total destruccion de toda la vejetacion circunvecina. Hai en ella un mal *ranchito* i unas pequeñas casuchas que defienden el manantial de los ardores del sol. De allí repeché una cuesta bastante elevada, tanto que al llegar a la meseta de la cumbre, tuve que detener mi cabalgadura para darla resuello. Esta altura que da vista tambien al Departamento del Huasco, domina gran parte del bajo de Copiapó; desde ella, se divisan perfectamente las cordilleras, que cuando nevadas, alegran tanto al sediento copiapino: el mentado cerro del Checo, que con su cobre labró la suerte de los Mattas: el Cerro Blanco, poderoso i abandonado mineral: el de la Plata, del que se cuentan tantas *abusiones*, i cuantas otras cimas i crestones pueden despertar en la memoria de los mineros, un descubrimiento, un alcance, una ruina o un poruñazo.

Bajando esta costa por el fondo de una quebrada larga i angosta, sembrada de caballos i de mulas en estado de momias, como suelen encontrarse en los altos repechos de las cordilleras, llegué al cabo de cuatro leguas mas de marcha, al nunca bien ponderado mineral de Chañarcillo.

El mineral de Chañarcillo, cuya asombrosa riqueza sigue maravillando tanto i en cuyos codiciados metales de plata está por ahora basada la nombradía del Departamento; como lo estuvo en otro tiempo en los de oro, que abundante produjeron los de las Animas, i Jesus María, se encuentra como a 17 leguas al Sur-Este del pueblo de Copiapó, situado en la meseta meridional donde termina el morro de Chañarcillo. Fué descubierto por Juan Godoi, leñador de modesta condicion, en mayo del año de 1832; i desde entonces a esta parte, que van corridos catorce años, este depósito de riquezas no ha dejado de ser un solo instante el mas tirano e inexorable dispensador de fortunas, de miserias, de esperanzas, de decepciones i de inesperados títulos de nobleza.

Para dar razon de lo que es el mineral, para deducir de su estudio geológico lo que puede ser, i para decidir si están o no bien dirijidos los trabajos de esplotacion, se necesitan mas conocimientos que aquellos que en calidad de simple viajero miron, he traído a Chañarcillo. Lo único que pudiera aseverar, apoyado en el testimonio de los mismos mineros, es que los trabajos andan en jene-

ral, a la salga lo que saliere; puesto que no hai un solo minero que al alabar su sistema de trabajo, deje de motejar el del vecino.

Para posesionarse de los infinitos trabajos que se ejecutan en Chañarcillo, es indispensable el concurso de un buen práctico, pues sin él, tan solo la tarea de contarlos sería dificultosa, para quien se engolfare por primera i aun por sesta vez en este morro de biscachas, dédalo confuso de boca-minas, de encrucijadas i de desmontes sin término.

En Chañarcillo se puede decir, que solo figuran dos vetas principales, las que acompañadas a uno i otro lado por una red de vetillas i de guías constituyen lo que aquí llaman corridas. La corrida de la *Descubridora* que lleva su rumbo N. S. con cinco grados al E. i que está situada al oriente del mineral, ençierra las pertenencias del *Manto de Ossa*, la *Descubridora*, la *Carlota*, la *Santa Rita*, la *San Felix* i otras, i la corrida del poniente, cuya visible inclinacion al E. hace presumir que a la distancia debe de enpalmar con la de la *Descubridora*, la *Valenciana*, la *Esperanza*, la *Colorada* i otras; i tanto en el espacio que media entre ámbas corridas, cuanto en sus costados exteriores, parece cuasi incalculable el número de pertenencias que se trabajan con mas o ménos ventajas, en tan privilegiado asiento.

En el mineral no hai agua ni leña; ámbos artículos se traen, el primero de unos pasos mesquinos, practicados i sòstenidos con trabajo a tres leguas del asiento, i el segundo del campo vecino a la aguada; único lugar que por la distancia, para los hombres de a pié, se ha librado del hacha del Apir. Los acarreos de ámbos artículos se hacen en burros, i son tantas las récuas ocupadas en este carguío, que desde que amanece, ya se ven los caminos del monte i los de las aguadas cubiertos de borricos; bien sea cargados de pequeños barriles de arroba, de capacidad cada uno para venderse a seis reales la carga; bien de manojos de chamiza i mala leña que cuesta ocho.

El sosten de una barreta en Chañarcillo, término medio, no cuesta ménos de setenta pesos mensuales. Los pagos se hacen el dia primero de cada mes; así es que desde el dia 25, ya se observan las carreras i las dilijencias de los dueños de faenas en la ciudad de Copiapó, para proveerse de plata sencilla, artículo, a veces, sumamente escaso en el lugar: i el 28, 29 i 30 solo se ven pasar afanosos por el camino de la sierra, portadores de esa panacea, único freno con que puede tenerse sujeta la turbulenta poblacion minera

del lugar, que segun cálculo alcanza a mil almas, i que sin el preciso pago del dia primero, seria capaz de atropellarlo todo.

El centro social i mercantil de esta laboriosísima colmena, es el pueblo de Juan Godoi; nombre que le fué dado para perpetuar con honra, la memoria del descubridor de Chañarcillo.

Encuétrase situado al pié mismo del mineral, en el plano que forma la confluencia de las dos quebradas donde él termina; la de Oriente que le separa del mineral Bandurrias, i la del Poniente que le separa del mineral Pajonales; de manera que no puede tener mejor ni mas adecuada colocacion aquella turbulenta e industriosa capital del verdadero reino de la Plata.

El órden i concierto de sus calles no han fatigado mucho la imaginacion del fundador; pero en cambio el desórden que se observa en todo lo demas está en perfecta concordancia con el primitivo trazado.

En Juan Godoi no se estilan casas para vivir con comodidad: cuantas constituyen su parte urbana e inurbana, que andan revueltas; todas, chicas i grandes chozas, galpones i sombras artificiales, son otros tantos centros de activísimo negocio: i como quien dice minero afortunado, dice hombre gastador i jeneroso; no hai por que maravillarse de ver en los figones ricos jéneros i los mejores vinos. La recova de Juan Godoi es la única que ostenta en la provincia, sin presuncion i cuasi a cielo raso, la mejor carne i las mejores i primeras frutas i legumbres que se espenden por estos mundos. Fondas, picanterías i siete billares en constante servicio, acreditan el espíritu social de aquella jente de ojota i de bonete. El subdelegado es el jefe supremo de este afortunado lugar; i un mal *ranchon* con paredes de *pirca*, en cuya puerta figura una asta de bandera al lado de un cajon boca abajo que hace veces de garita, es juntamente palacio, juzgado i cárcel pública.

Para quien no conociere lo que es en el norte un asiento de minas, Chañarcillo i su simpática capital minera, serian objetos dignos de estudio. Un chileno de esa categoría arrancado de un repente del emporio de los *porotos*, i dejado por una mano misteriosa sin saber cómo ni como no, en la plaza pública de Juan Godoi había de verse mui apurado para atinar en que rejion del mundo se encontraba; porque, tanto en el mineral cuanto en el pueblo todo, para él, seria nuevo, costumbres, trajes, aspiraciones i hasta el modo de hablar. El español que se habla en Chañarcillo es el idioma de Cervantes con culero.

Las practicas relijiosas están aquí en el mas completo *broceo*: capilla no falta; pero lo que es quien diga misa i quienes la oigan, están en desuso. Solo suele hablar de confesion el minero socarron que busca ese pretesto para bajar a los planes tras de alguna hija de Eva, por estar éstas mas escasas que la misma misa en Juan Godoi. La mujer no se tolera aquí sin el pasaporte, que llaman *papeleta*, desde que el bello sexo dió en la flor de ocultar bajo sus faldas, el fruto prohibido de las minas: la *cangalla*.

En la recova, a eso de caer el sol, es donde los domingos es preciso ir a examinar los trajes grotescos de los señores de combo i cuña, el cual parece un jardin por sus variados colores, i hasta cierto punto no carece de gracia i de elegancia. El minero usa calzoncillos anchos i cortos, que solo le llegan a las rodillas, sobre ellos un ancho culero, que le cae hasta media pierna, perfectamente encarrujado al rededor; i por sobre todo, una larga camisa de lista que cubriendo la mayor parte del culero, solo deja sus festones a descubierto. Una enorme faja de color, ciñe su cuerpo, desde la cadera al pecho; en ella, hácia adelante, va colgada la bolsa tabaquera, i por la espalda se divisa el mango de un puñal. Usa medias negras sin piés, i por calzado, ojotas; un gorro negro o lacre con una gran borla que le cae sobre el cogote o sobre la oreja, es el adorno de la cabeza; pero donde el minero echa todo el lujo, es en el rito o manta, que compra sin reparar en precio, siendo buena, i que carga con suma desenvoltura i gracia. El vestido de estos hombres, a primera vista, tiene mucha semejanza con el de los modernos Griegos.

El bello sexo que tanto escasea aquí, no puede decirse que en él suple la calidad, al corto número. Estas hermosuras negativas, calzadas con ricos botines mui puercos, con ricas medias mas puercas aun, usan valiosos trajes llenos de lamparones, i ricos pañuelos de seda bordados, cuyos colores, como la piel del camaleon, varian segun los del panizo donde trabaja el minero, que mas se les arrima.

Ya para Juan Godoi me parece que es bastante. Volvíme, pues, a mi alojamiento, en la mina Esperanza, donde me esperaban buen jamon i esquisitos vinos; porque si bien es cierto que Chañarcillo, en vez de casas se usan malas chozas, tambien lo es, que el buen alimento, el champagne, el coñac i muchos otros menesteres propios a hacer soportables aquellas breñas, ni a los mineros broceados hacen falta.

Acercándose el limitado término de este mi primer viaje, me hice de algunas curiosidades para mi coleccion, i salí para visitar, de paso, el mineral de Bandurrias i el de Pajonales. Bajando al pié de las lomas que forman el mineral al Sur, i repechando un poco el cerro de Bandurrias, se divisa en todo su esplendor la colmena del cerro de Chañarcillo. Al ver aquel informe semillero de bocaminas, de ranchos, entre los cuales aparece alguna que otra casa de tablas, de desmontes, de pircas, de esplanadas, costosamente trabajadas; al notar el ruido i la incesante movilidad de las jentes i de las arrias, todo concentrado en aquel solo punto, un sentimiento de admiracion i de encanto se apodera del recien llegado, i al momento revoletean por su mente todas las imájenes de una dorada esperanza. ¿Por qué no habria de ser uno tan afortunado como los demas? Una chiripa cambió de un momento a otro la suerte de muchos, de adversa en favorable ¿por qué no sucederia semejante chiripa en uno mismo? Chañarcillo i sus incidencias son capaces de hacer perder los estribos a la misma apática modorra. Este mineral, desde su descubrimiento ha ejercido i ejerce aun un poder providencial hasta sobre el estado i la capacidad de las personas a quienes ha querido favorecer. Quiso que Godoi i los Botados fuesen caballeros, i lo fueron, i arrastraron un numeroso séquito de aduladores. A éste le dijo: aseméjate a la jente, rueda en la sociedad, i ocupa los destinos que solo se deben al talento: i pareció jente; i rodó en la sociedad, i ocupó destinos que solo se deben al talento. A aquél: tú que eres viejo i achacoso por tus vicios; tú que eres un solemnísimo ignorante, cástate con una tierna niña, i sé hombre de consejo; i casó con una criatura i fué hombre de consejo. Al mulato le dijo: tú eres blanco, i él lo creyó. El que antes servia i recibia mercedes, es ahora servido i las niega a sus semejantes. En resolucion, quien buscare las aguas de la fuente de rejuvenecencia, i los específicos con que se confecciona el talento; búsquelos en los capachos i en las fajas de los apires i barreteros de Chañarcillo, i los encontrará.

Al cabo de media hora de camino se llega al mineral de Bandurrias. La naturaleza de su cerro, aunque solo separado por una quebrada del de Chañarcillo, es poco lisonjera. Las minas que se trabajan en Bandurrias son tambien pocas i díseminadas en largas distancias. Hai vetas, sin embargo, de una hermosísima formacion, de vez en cuando se obtienen de ellas píngües producidos. El manto de Fuentecilla es una masa enorme de metal, cuya lei, aunque

baja, es de la mayor importancia, vista la facilidad con que se estraen, al parecer, inacabables *metaladas*. En jeneral, la clase de metales de Bandurrias es distinta de la de Chañarcillo, que dá en jeneral poca plata nativa i mucho cloruro; al paso que el metal de Bandurrias, da mas a menudo plata nativa rocicler, arsénicos i *soroches* que cloruros. Sus principales minas son la Descubridora, San Jerónimo, Solitaria i el Manto.

Pajonales, sin ser ni con mucho parecido a Chañarcillo, es de mas importancia que el anterior; sus metales se asemejan mas a los de éste, que a los de aquél. Situado al poniente de Chañarcillo i solo separado de él por la quebrada en cuya boca está situada la aldea de Juan Godoi, tiene este mineral algunos trabajos mas que el de Bandurrias. Entre sus minas de nombradía, tambien diseminadas aquí i allí, en la estension de sus lomas se cuentan La Miller, la Contadora i algunas otras. Los dos dias que dediqué al exámen exterior de estos últimos asientos de minas, me fatigaron mucho por el mal estado de los caminos, el sol abrasador, i la escasez de agua: i siéndome preciso llegar en la noche a Totoralillo, salí de Pajonales a las cuatro de la tarde, i en cuatro horas de sostenido trote llegué al deseado rio, donde se ve agua, donde se ve verde, donde aspira uno con encanto hasta el olor de las malezas, que crecen espontáneamente en sus márgenes. Como quiera que sea, si el recién llegado del Sur o de las pampas, cuya vista solo puede detenerla el horizonte, se considera apretado en la angosta i prolongadísima quebrada que aquí llaman el valle de Copiapó, saliendo de la sierra i llegando al rio, que es el centro del valle, es tal la impresion de agrado que recibe que llega a considerarle, a mas de hermoso, mui estendido. El riachuelo ya no es riachuelo, tiene visos como de rio.

En esta leve correría tuve ocasion de estudiar el carácter i las tendencias de una nueva entidad *sui generis* que me persiguió como sombra en todas partes. El cateador i el poruñero viven i reinan en los pueblos, i solo se ausentan de ellos para las precisas exigencias del estado; el cangallero tiene su trono en Chañarcillo, i en cuanto mineral exhibe plata a mano. Jenitor o por lo ménos ama de leche del pueblo Juan Godoi, el cangallero reconoce por padre el prurito de hacer colecciones de minerales, que tarde o temprano pasan de los lujosos escaparates a la tosca rueda de los trapiches, i por madre a la mesquindad de los mineros en alcance que prefieren el título de robados al de jenerosos. No es,

pues, de estrañar que el cangallero sea la niña mimada, la come azucar, la sácame con bien de algunos Buitrones, de algunas máquinas i de muchos encumbrados arrastrados personajes.

Este minero sin mina, que muchas veces trabaja en alcance, i no pocas veces es alcanzado por los esbirros de la autoridad, solo tiene de comun con el Poruñero el ser eminentemente pagano, el sacrificar a Mercurio, i el ser sus Lares i Penátes predilectos, el naípe, el dado, la taba, los matecitos i la pirinola.

El cangalleo como la poesía tiene irresistibles atractivos. ¿Quién será aquél que no haya pelliscado siquiera una cangallita? ¿Quién aquél que no haya medido alguna vez un verso, aunque haya sido con un palito? Pero así como a todos no les es dado el ser poetas; a todos tampoco les viene bien el título de colados cangalleros. Sin récia constitucion, sin sangre fria, sin buena vista, sin mejor oído, sin astucia, sin valor, i sobre todo, sin piernas, no dá en bola el cangallero. El cangallero es un verdadero Corógrafo; no hai rincón en los cerros que no conozca, ni mal paso que no haya visitado, ni cuevas apartadas en donde su vista escudriñadora no haya penetrado. El tiene calculadas las distancias; sabe donde debe apartarse del camino; donde apresurar el paso de su cargada cabalgadura, i a que horas debe llegar a un punto dado; i calcula i ejecuta sus movimientos con la regularidad del vapor.

Al entrar en campaña, el cangallero se transforma en un verdadero farsante, i sus colores como los del Camaleon, están tan en perfecta concordancia con los de las personas que lo rodean, que es mui difícil el apereibirse que haya uno de nariz en el corrillo. A veces se presenta bajo la forma de un poderoso minero, acaudalado en el Norte, i hacendado en el Sur, i con todo el prestigio de la riqueza de un Rio-Santo. Otras, bajo la de un ser de modesta fortuna, pero dueño de máquinas tan inocentemente colocadas, como lo está la fortaleza Gibraltar, en la boca del Mediterráneo. Aquí con la figura de un honrado devoto, mui pudiente; porque Dios protege a la inocencia, i que no compra, sino que rescata piña; como ántes se redimian los cautivos. Como con aquellos desventurados entónces, nunca se preguntaba de donde fuesen ellos, bastando solo el saber que eran cristianos; tampoco éste pregunta de dónde proviene lo que compra, le basta saber que es piña. Cada marco que rescata a razon de seis pesos, es un bien que hace al prójimo. Si con seis pesos se pueden hacer tantas maldades, ¿qué no se hubiera hecho con nueve pesos dos reales?... Allí, bajo la pro-

vecta catadura de un viejo achacoso a quien el mundo deja i él pugna por no dejar. Mas allá, haciendo el papel de un jóven activo i diligente, para quien el sol, la noche i el agua son ciruelas. En la Placilla, haciendo de honrado comerciante i proveedor, i en todas partes sustrayendo, nunca adicionando. A donde, en efecto, volver los ojos que no se encuentre el *gentleman of the night* en esta tierra de promision?...Acaso bajo el disfraz de las zotanas?—Talvez; porque esta vestimenta solo forma colecciones para la vista; es cierto que son colecciones que se benefician despues, i que tambien dan sus marquitos; pero todo para la vista. No deduzcan de aquí las malas lenguas que tambien el relijioso cangallea. No señor: recibe sí las colpitas que les regalan sus confesadas, las que compran a sus lavanderas, quienes exoneran de su peso a los mineros, que las eclipsaron de la vista de sus mayordomos. Como bienes pecadores, pues, van a parar a la iglesia, i nada mas. Por ahora me remito a una obrita que publicaré a la posible brevedad, con el título de «El perfecto Cangallero, o sea el arte de cangallar sin ser cangallado;» con un prolijo itinerario de todas las aguadas que no cuecen porotos; del interesante alojamiento de Don Beno, i del no ménos importante, i poco sospechado, del agua de los Zapos, a donde llegando el cangallero, ni le asustan los bufidos de su mula, ni el rebuzno de su asno, que no pocas veces agobiado por el peso de las colpas, pide socorro con disonante clarín a los agentes volantes de la entremetida policía: terminando el todo con las puntuales monografías del habitador ambulante que trabaja por cuenta ajena con provecho propio: del cangallero falte que ojo al minero i ojo al que no lo es, compra al primero por dos lo que vale cuatro i vende al segundo por cuatro lo que vale ocho, i todavía alcanza a dar al socio comanditario, cuentas que aunque oliendo a las del Gran Capitan, alcanzan honores de provechosas: del cangallero chinganero que torna el anizado en pura plata al dulce son del harpa i la guitarra: i por último del cangallero de menor cuantía que es el mas numeroso i el que alimenta sin saberlo a todos los demas.

Engañado por el cateador, robado por el poruñaro e iniciado en los misterios del cangalleo; ya puede uno decir con confianza, que es minero *colado*, i si se librase de los tres, todos le darán a boca llena, el título asaz significativo de hombre pasado a minero!